



POR LA RESIGNIFICACIÓN DEL CONCEPTO DE PATERNIDAD

Por: Luis Gálvez Trejo

El sistema patriarcal refuerza el modelo, enfatizando en conceptos como: “responsabilidad”, “deber” y “obligación”, invisibilizando lo que la paternidad ofrece a los hombres en “goce”, “disfrute” y “crecimiento personal”. ¿Se trata entonces de hacerse de la vista gorda hacia las responsabilidades de la proveeduría? No, más bien, se trata de acompañar las mismas, visibilizando también las bondades de la paternidad afectiva, cuidadora, no autoritaria, lo cual nada tiene que ver con “mantener” a los hijos para que después ellos “te mantengan”.

Pero, sin embargo, la tierra se mueve: Algunos hombres jóvenes identifican ahora como uno de los momentos más importantes de su vida, el del nacimiento de un hijo o hija, pero si pensamos que la paternidad no termina con el nacimiento, hay que trabajar bastante para que en el futuro los hombres disfrutemos y suframos cuidar, compartir con nuestras hijas e hijos.

Cuando aún se encuentran vigentes las promociones de todo tipo de comercios en ocasión del “Día del Padre”, -licores, autos y motos, herramientas, celulares de alta gama y equipos de sonido-, y cuando aún resuenan los escasos discursos sobre la paternidad “responsable”, es importante una reflexión sobre la actualidad de ser padre en nuestro país y en nuestro tiempo. Obviamente, para hombres e instituciones es tentador mantenerse en la zona de confort haciendo discursos sobre “responsabilidad”, pero me atrevo a pensar que no es así para las mujeres coautoras de las hijas e hijos de esos padres y de las hijas e hijos mismos; en este caso la reflexión es un reto que cada quien decidirá si lo acepta o pasa de largo del mes de junio, el cual es identificado como el mes del padre dejando los 11 meses restantes fuera de esta responsabilidad.

En un El Salvador caracterizado por la violencia social, económica y delincuencia y en una coyuntura de transición marcada por la incertidumbre de algunos y la esperanza de otros, ser padre desde la perspectiva de la masculinidad hegemónica se asocia con deberes, pero pocas veces con derechos, siendo el principal de los primeros el rol de proveedor, el cual en un ejercicio de reduccionismo hipócrita se sobredimensiona en positivo o negativo: basta con estar al día con las cuotas de la “Procu” para ser considerado “responsable”. Y eso es lo suficiente y políticamente correcto.

Inmersos en una cultura del individualismo, como la liebre salta la pregunta ¿qué ganamos con ser padres? Y son pocas las respuestas que el modelo nos ofrece, porque como resultado de la construcción social de nuestra identidad de género, los hombres que se rigen por el modelo tienen limitadas habilidades para sentir y expresar la mayoría de sus sentimientos. La concepción de la masculinidad hegemónica se cimienta entre otros en la demostración de fuerza, en cero sensibilidad con la otra o el otro.

En el modelo, para los hombres no es problema expresar enojo en sus distintos grados, pero somos pocos dados a expresar temura hacia las hijas e hijos. Por lo mismo, no son aceptables tales expresiones desde los hijos y con el agravante de la homofobia inherente al modelo, “no debemos ser tiempos con nuestros hijos varones” o “se nos volverán maricones”. La autoridad se convierte en autoritarismo y la negociación y búsqueda de consensos (¡Sí, también en el seno de las familias!) es algo impensable, porque como hombres la única manera que aprendimos para resolver conflictos fue la violencia y la imposición. En los espacios públicos hacemos discursos sobre democracia social, económica, política pero aún somos reacios a tan siquiera pensar en familias no autoritarias, en familias democráticas, nos aferramos al concepto de “jefe o cabeza de familia” y nos perdemos la oportunidad de otras formas de organización familiar.

Porque la paternidad también se vive en el cuerpo y a través del dolor. Cuando los hombres nos adherimos plenamente a la idea de fuertes, poderosos, exitosos, la realidad nos confronta evidenciándonos vulnerables, débiles y algunas veces perdedores. Cuando fomentamos la competencia en vez de la cooperación pretendemos olvidar que “Primer Lugar” sólo hay uno.

Lo anterior resulta ser tema de estudio para la academia y de reflexión para el activismo, de una importancia social trascendental, porque al día de hoy, las consignas por masculinidades y paternidades “nuevas” o “alternativas” tienen un efecto reduccionista cuando se concentran solamente en la responsabilidad del rol de proveeduría.